

POESIA CUBANA

NUEVOS Y NOVÍSIMOS

... Cuando en mis venas férvida ardía la fiera juventud...
José María Heredia

JOSE María Heredia es el nombre del que arranca (1803-1839) la historia de la poesía cubana; lo anterior apenas cuenta, hecha excepción —más por curiosidad erudita que por otra cosa— de un poema de carácter épico, titulado «Espejo de paciencia», escrito, en los inicios del siglo XVII, «en octava rima», por un canario, vecindado en Puerto Príncipe, cuyo nombre Silvestre de Balboa Troya y Quesada, no puede silenciarse pese a que, como asegura el crítico Aurelio Mitjans, «los versos en que Balboa celebró esta hazaña valen poca cosa; pero curiosos por su antigüedad, han merecido ser cuidadosamente conservados»; «esta hazaña», la celebrada por Balboa resulta ser una historia real, acaecida, de piratas, rescates y rehenes, en torno al secuestro del obispo fray Juan de las Cabezas Altamirano por el pirata francés Gilbert Giron; de Balboa hay que saltar al siglo XVIII —a nombres de escaso interés, a versificadores jocosos, como fray José Rodríguez, o cultivadores del epigrama mordaz como González de Sotolongo, o a las espinelas de Palomino, de moral intención, en las que, al quedarse ciego, proclama sus cristianas resignaciones.

Pocas dudas, pues, existen respecto de que José María Heredia es el poeta que encabeza, temporalmente, la poesía cubana; en su obra poética, por entre las voces retóricas de lo neoclásico, vibra una tensión, la de su vida trashumante de conspirador contra el Gobierno español, y de su sensibilidad que cobra sus más altos acentos cuando de la patria se trata, siempre presente en sus asombros, los que le causa la naturaleza (una tempestad, las cataratas del Niágara...), o un monumento azteca («En el Teocalf de Cholula»). Su nombre —salvo el «de» de las nobiliarias ascendencias— coincide exactamente con el de José María de Heredia, también nacido en la isla de Cuba (1842-1905), pero perteneciente al censo de la poesía francesa finisecular; parnasiano puro, fiel a las consignas de «impersonalidad» en lo poético de Leconte de Lisle —culto a la forma, reacción contra las desmesuras románticas; propósitos escultóricos—; Gautier —el arte por el arte— como punto de partida; estos versos de Théodore de Banville —en pugna con los «amores misteriosos» y los «divinos combates» del Romanticismo, resultarán aclaradores de aquella «nueva» estética:

... Sculpteur, cherche avec soin, en attendant l'extase,
un marbre sans défaut pour en faire un beau vase;
cherche longtemps sa forme et n'y retrace pas
d'amours mystérieux ni de divins combats...

(Por cierto, a propósito de parnasianos, aunque sea salirme un tanto de la vereda, tal vez sea conveniente recordar que de los poetas que, por el año 1865, rodean, se reúnen junto a Leconte de Lisle, cabeza de la tendencia, acaso el único epígono ortodoxo sea José María de Heredia, pues los demás —y ello puede significar que el «Parnaso» no fuera propiamente una escuela poética— siguieron caminos diversos; bastará recordar algunos nombres del grupo: Sully Prudhomme, Anatole France, Verlaine, etcétera, cuyas directrices son notorias.)

... Bocacalles aparte —¡mis incorregibles bocacalles!—, volvamos a la poesía cubana; y concretamente, ya, a la «Nueva poesía cubana», título que a su antología de poetas cubanos de hoy —a partir de 1959— da José Agustín Goytisolo, diligente participador de cuanto al quehacer poético respecta; antólogo, traductor, sobre todo, inteligente catador de poesía —no digamos ya que poeta de una pieza—. Nos interesa de José Agustín Goytisolo su siempre sosegada objetividad en las valoraciones, por encima de sus predilecciones personales —que las tiene apasionadamente—, siempre consciente del alcance de su tarea. El prólogo de «Nueva poesía cubana» es una prueba de orden, equilibrio y asimilada información sobre el desarrollo y características, desde los comienzos de la poesía lírica cubana; con las brevedades que el ámbito de su trabajo le impone, nos parece exacta y clarísima la exposición de tendencias, giros y nombres anteriores al año 1959, extenso período que va desde el remoto Balboa hasta los actuales, pasando por los nombres menores del XVIII; deteniéndose en los muy significativos del XIX —Heredia entre neoclásico y prerromántico; el extraordinario José Martí, cumbre del modernismo cubano, pero con significación y auténticos valores durables, ajenos a la adscripción a una específica manera poética—; dibujando, con eficaces urgencias, el complejo panorama lírico del siglo XX, con especificaciones generacionales: liquidación de lo «modernista», oposición a su estética por caminos diversos, los de las vanguardias y los de la inquietud por lo social; por fin el refugio, evasivo, en lo puramente lírico, en pugna con las vacías retóricas, y cuanto representan.

Con tal viático, el lector penetra, lleno de ciencia, en la provincia de los actuales —objeto de la Antología—, de los nuevos —los nacidos por los últimos años veinte, y los treinta— y los novísimos —nacidos del cuarenta hacia acá: las dos promociones poéticamente manifestadas desde el año 1959, a partir del cambio político y social operado en Cuba, en ese año; en suma, los nombres iniciales de un nuevo capítulo de la historia de la poesía cubana. Poesía atrayente y viril la de estos muchachos nuevos, novísimos; coloquial, diario el idioma poético, de objetivas, realistas voluntades, de hirientes aciertos; propósito de escapar a los sueños; heridos por los recuerdos; de pronto, con miradas hacia la infancia. De Manuel Díaz Martínez son estos versos:

... Yo recuerdo que era un niño que aprendía las palabras.
Me llamaban por mi nombre a grandes voces:
siempre fui Manuel vete a bañar, Manuel
ven a dormir, Manuel llegó tu abuelo,
Manuel no gastes el arroz con las palomas.
Recuerdo que yo soñaba un barco
cargado de silencio para llegar a ser
Manuel dónde estás que no te oigo,
que ya está la mesa puesta y no resuellas.
Yo quería ser Manuel que no te encuentro.
Yo recuerdo que era un niño en una casa de huéspedes...

José CRUSET

La Vanguardia Española 9-9-70

GoyP/1492